OPINIÓN

¿Qué sostiene realmente a una democracia?

Por Juan Carlos Suárez, Tenor · 27 de julio de 2026 · 5 min de lectura



En tiempos de confrontación política, quizá la respuesta no esté en el poder, sino en la cultura, la educación, el diálogo y el humanismo.

Vivimos una época en la que la política parece ocuparlo todo, es decir, las conversaciones cotidianas, las redes sociales, los medios de comunicación e incluso, los espacios familiares suelen convertirse en escenarios donde las diferencias ideológicas se expresan con intensidad. La confrontación no es nueva; lo novedoso es la velocidad con la que se propaga y la facilidad con la que transforma al adversario en enemigo. En medio de ese ambiente conviene formular una pregunta que rara vez aparece en el debate público: **¿qué sostiene realmente a una democracia?**

La respuesta más inmediata suele apuntar hacia las instituciones, podríamos pensar en las leyes, en las elecciones, en los tribunales, en los congresos o en los órganos electorales. Sin duda, todos ellos son indispensables, pero ninguna democracia puede mantenerse únicamente por la fuerza de sus normas. Las instituciones pueden organizar la vida pública; lo que no pueden hacer, por sí solas, es construir confianza entre las personas. Cuando el desacuerdo deja de entenderse como una condición natural de la democracia y comienza a verse como una amenaza, la vida pública empieza a perder uno de sus pilares fundamentales.

Por eso resulta pertinente volver la mirada hacia aquello que suele permanecer fuera de los titulares: **la cultura**.

Entendida en su sentido más amplio, la cultura no se reduce a museos, conciertos o exposiciones. Es el **conjunto de valores, hábitos, símbolos y formas de convivencia que una sociedad transmite de generación en generación**. Es la manera en que aprendemos a escuchar, a debatir, a respetar la diversidad y a reconocer que ninguna persona posee el monopolio de la verdad. En ese sentido, la cultura **no solo refleja a una sociedad; también la moldea**. Influye en la forma en que resolvemos nuestros conflictos, en la manera en que participamos en la vida pública y en la capacidad colectiva para construir acuerdos.

El arte participa de esa tarea de manera silenciosa pero profunda. Una novela nos invita a mirar el mundo desde la perspectiva de otro ser humano; una obra de teatro confronta nuestros prejuicios; la música crea puentes allí donde las palabras encuentran límites; una pintura despierta preguntas que ningún discurso político alcanza a formular. El arte no existe para uniformar las ideas, sino para ampliar nuestra capacidad de comprender. Nos enseña a observar con mayor sensibilidad, a cuestionar nuestras certezas y a descubrir que la diversidad de miradas no es una amenaza, sino una riqueza.

Por ello, el arte y la cultura trascienden lo estético y lo recreativo: son herramientas para la transformación social, el bienestar y el desarrollo humano. Fortalecen el sentido de comunidad, fomentan la participación ciudadana y contribuyen a reconstruir el tejido social, convirtiéndose en vehículos para la construcción de paz. Al promover el diálogo, la empatía y el reconocimiento de la dignidad del otro, nos recuerdan que una democracia sólida no solo se sostiene con instituciones, sino con una ciudadanía capaz de convivir en la diferencia.

Esa es, quizá, una de las aportaciones más valiosas del humanismo. Recordarnos que antes de ser simpatizantes de un partido, seguidores de una ideología o usuarios de una red social, somos personas. Ciudadanos con historias distintas, preocupaciones legítimas y una dignidad que no depende de nuestras preferencias políticas.

El **problema de nuestro tiempo** no consiste en que existan diferencias. Una sociedad plural necesita de ellas para avanzar. El verdadero riesgo aparece cuando **dejamos de reconocer humanidad en quien piensa distinto**. Cuando el debate se convierte en descalificación permanente, la democracia pierde mucho antes de que se emita el primer voto. En México atravesamos un momento de intensa discusión pública. Es natural que existan posturas encontradas, pero esa diversidad forma parte de cualquier democracia viva. Lo importante es preguntarnos si estamos fortaleciendo nuestra capacidad para dialogar o si, por el contrario, estamos alimentando una cultura donde cada diferencia se convierte en motivo de confrontación.

La respuesta no depende exclusivamente de quienes ocupan cargos públicos. También recae en las universidades, las escuelas, los artistas, los periodistas, las familias, las organizaciones civiles y en cada ciudadano. La democracia no se construye únicamente el día de una elección; se construye todos los días, en la manera en que hablamos con quien piensa diferente, en el respeto con el que defendemos nuestras ideas y en la disposición para escuchar antes de juzgar.

Quizá por eso las sociedades más sólidas no son necesariamente aquellas donde todos coinciden, sino aquellas que han aprendido a convivir con sus diferencias sin renunciar al respeto mutuo. Y en una época donde la confrontación parece rentable y la polarización encuentra amplificadores permanentes, el arte, la cultura y el humanismo recuperan una función profundamente política, en el mejor sentido de la palabra: ayudarnos a comprender al otro y recordarnos que el futuro de una democracia no depende únicamente de quienes gobiernan, sino de la calidad humana de quienes la hacen posible.

Porque las democracias no se sostienen solamente con votos.

Se sostienen, sobre todo, con ciudadanos.

Publicado en Punto de Referencia. Dirección original: https://puntodereferencia.mx/opinion/que-sostiene-realmente-a-una-democracia
Descargado el 21 de noviembre de 2026.